

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes? Para hacer una cosa..., no hay como querer hacerla. Es probado. Y por si no entienden á qué me refiero, diré que me refiero al gobernador de Madrid, á su campaña para que los teatros se cierren á una hora racional y den las funciones puntualmente á la que de antemano señalan.

Cuando se anunció tal propósito, vaticinaron una serie de tragedias—en substitución de los sainetes—si se llevaba adelante la reforma. Los teatros cerrarían herméticamente sus puertas; sobrevendría la ruina de innumerables familias, el krach de las empresas todas. Era casi una pavorosa cuestión de orden social la que surgía, provocada por el acuerdo y disposiciones de la autoridad. Ignoro los trámites que siguió ese asunto: sin duda mediaron, es la costumbre, urgentes recomendaciones, influencias de todo género, para que «se hiciese tablas» y se desistiese del proyecto. El gobernador se mantuvo en sus trece (hora oficial) y se echó la cuenta de que no se hundiría el mundo porque él pusiese orden en el desquiciamiento de las funciones teatrales. Cuando creíamos que la protesta, á la apertura de la temporada, se acentuaría, resonaría en la prensa más alto, aturdiendo los oídos, he aquí que se abre el primer teatro, el más levantisco, el de los couplets del *Cangrejo*, la Zarzuela, y el empresario, en vez de quejarse, muestra la más absoluta conformidad y la mayor satisfacción. «Nos viene de perlas—dice.—Hay una hora en Madrid á la cual, en invierno, todavía no se cena, pero ya no se pasea; una hora que la gente no sabe cómo entretener. Esa hora, de siete á ocho de la tarde, nos compensa los beneficios de la antigua hora calaveresca de las dos de la madrugada. Nuestro público va á variar: nuestro público, antes, era el de los perdedores de tiempo, el de la gente que no sabe cómo matar la noche y convertirla en día; el público de los desocupados, de los disipados, de los galanteadores de coristas y suripantas, de los admiradores de la tiple, de los vejetes alegres á caza de aventuras. Ahora, nuestro público lo formarán honrados lonjistas que cierran temprano su establecimiento; matrimonios que de bracete echan una cana al aire; mamás de familia que cayéndoseles la baba llevan á sus retoños á divertirse, oyendo una funcioncita; sirvientes que despachada la obligación se escapan mientras sus amos están fuera; dependientes de comercio que aprovechan el cambio de las costumbres para no estar vendiendo hasta las nueve, otro mal hábito de Madrid; elementos, en fin, alegres y sanos, que después de asistir á un estreno vuelven á comentarlo al calor de la camilla, en la intimidad de la cena... No perderemos nada; la taquilla no se sentirá; el teatro «de siete á ocho» la función «del vermouth» no tardará en constituir el solaz favorito del pueblo madrileño.» Y la salud, la higiene, el trabajo, la moralidad, ganarán infinito. Así vendrá á ser provechoso este teatro *por horas* que sólo en España existe, y que los extranjeros encuentran tan ingeniosamente ideado.

La cuarta famosa era una institución que parecía interdicible. Había entrado en las malas costumbres, las verdaderamente arraigadas, y debía achacarsele, en gran parte, el incremento del noctambulismo en la villa y corte, opuesto á la regularidad tempranera que distingue á París, Londres, Roma, el Haya, Amsterdam, Bruselas—las grandes ciudades que conozco.—En todas ellas hay quien trasnocha; son los trasnochadores de oficio; pero en Madrid trasnochaba la ciudad, y la excepción era, y continuará acaso siendo mucho tiempo, el recogerse antes de la una. Sí; no hay que pensar que se ha remediado el mal

con el encauzamiento de los teatros, con apagar las candelas poco después de la media noche; el hábito contraído no se quita tan pronto. Yo tuve un muy querido amigo, Luis Vidart, modelo de trasnochadores, que cuando no tenía, al parecer, más remedio que recogerse á su casa, porque se había cerrado el último café y se había retirado del Círculo el último socio, daba vueltas y vueltas por las calles ó se metía en las iglesias, que abren para la misa de alba. Era una forma de romanticismo que perduraba en el espíritu, por otra parte muy equilibrado y lleno de penetración y cordura, de aquel hombre ilustradísimo, sabio, bueno. Estaba á mal con las sábanas mientras el sol no brillaba en el horizonte.

Atacado de noctambulismo, Madrid no se corregirá en un año ni en dos. Seguirá siendo el pueblo donde nadie se escandaliza del hecho positivamente escandaloso de que un artesano, que ha de mantener á mujer é hijos con su jornal, entretenga la noche, la noche reparadora de las fuerzas, la noche que brinda intimidad en el hogar y sedación en el sueño, en ese detestable coqueo, en esos periplos comprensivos de todas las tabernas del barrio, averiguando sin duda en cuál envenenan mejor. Siempre que hay un lance de navaja, una de esas quimeras de origen puramente anormal, que cuestan vidas, llanto, ruina de familias pobres, encontráis el antecedente del coqueo. «Fuimos á la taberna del Hilario y tomamos unas copas... De allí pasamos al café de Gumersindo y tomamos otras copas... Luego nos dirigimos al llamado de Manolo y nos sirvieron copas... Anduvimos un poco más, penetramos en el establecimiento de Simeón, y vengamos copitas... Y por último, en la casa de comidas del Bonifacio, copeamos hasta el amanecer.»

Si se trata de *echar* una copa... Pero sea de día y en un solo tabernáculo. ¿Qué refinamiento de placer habrá en esto de ir bebiendo en cada esquina, como desbeben los gozquecillos?

La información de *El Imparcial* sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recargan la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremento de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea.

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio de trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primera defensa es la moderación de sus hábitos; la segunda, la cooperación para abaratar los artículos de primera necesidad.

«En Bélgica—dice Vandervelde—los obreros han luchado y se han defendido teniendo por municiones libretas de pan y sacos de patatas.» Significa que el obrero, al proporcionarse medios de resistencia contra la miseria, comestibles baratos y sanos, se pone en condiciones de luchar ventajosamente para adquirir bienestar, capacidad y fuerzas físicas.

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate á la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota.

Es más factible y seguro, por otra parte, abaratar los artículos de primera necesidad, que subir y subir incesantemente los salarios, disminuyendo á la vez las horas de trabajo. Este procedimiento (obsérvese que yo no soy industrial, hablo con desinterés) se me antoja el más propenso á crear conflictos de miseria y de *chomage*. Además, tiene un límite infranqueable. Deben preferirse remedios que están en nuestra mano, á los que dependen de los otros, acaso ni interesados en nuestro favor.

La verdad no suele decirseles á los obreros, generalmente se les adula—aunque no son monarcas—y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como á niños, cuando debiera tratarseles como á enfermos, y enfermos cuya curación nos es indispensable á todos.

Preocupados nos tiene también otra cuestión de capital trascendencia: la aplicación de la ley de descanso dominical.

Claro que esta ley afecta esencialmente á las clases laboriosas. Las clases acomodadas, ó no trabajan, ó si trabajan, por excepción, lo hacen en condiciones no regulables mediante ninguna ley.

Me figuro, por ejemplo, que un pintor es sorprendido en domingo tomando un apunte de paisaje. ¿Hay posibilidad de multarle por infracción? Responderé que no trabaja; que se recrea y solaza con el arte y la belleza; y ¿cómo discutirlo?

Hay, no cabe duda, infinidad de excepciones que es preciso admitir, y la ley no está lo bastante masada, cuando en ella han podido descubrirse contradicciones flagrantes, ocasionadoras de dificultades y obstáculos para su cumplimiento.

Indiscutiblemente, bajo los ataques á la ley del descanso dominical puede esconderse la mala voluntad política; mas no por eso dejan de estar allí las contradicciones, y las anomalías de saltar á cada cláusula.

Yo estoy á mal con la ley, porque si bien hay quien afirma que las manda cerrar, van á quedar abiertas y funcionando las tabernas los domingos, lo cual la hace más perjudicial que útil, convirtiendo el descanso dominical en el triunfo del coqueo. No obstante, reconozco buena intención en sus artículos. No soy sospechosa; creo que se ha deseado acertar, pero no se ha acertado. *El Gráfico* escribe una crónica muy divertida, plenamente probatoria de que, según el tenor de la ley, ni los monagos pueden ayudar á misa, ni los *botones* de los Continentales llevar recados, ni las actrices y cantatrices representar y cantar en domingo...

En efecto, las excepciones del descanso dominical—dice terminantemente la ley—no son aplicables á la mujer ni á los menores de diez y ocho años. Sin duda el legislador no se acordaba de los monaguillos y las tiples, pero no deja de resultar prohibida en domingo su labor...

No hay cosa como la ciencia para sacarle á uno de angustiosas dudas. ¿Ustedes suponían, no es cierto, que los japoneses llevaban la mejor parte en la contienda? Así lo creía yo también; pero cáte que viene á mis manos el trabajo de un amigo mío, oficial de caballería, sumamente ilustrado y competente en asuntos militares, donde con copia de argumentos que siento no tener á la vista para reproducirlos, demuestra que el hecho de que un general retroceda ante el enemigo no significa sino que anda para atrás en vez de andar para adelante, y que si Kuropatkine se bate en retirada, es sencillamente que le conviene aceptar la batalla en un terreno más bien que en otro; lo cual no niego, porque no entiendo de estas mecánicas, pero me recuerda una célebre caricatura que ha dado la vuelta á la prensa internacional: el general ruso, huyendo y alabándose de su estrategia, exclama: «Han caído. Así, detrás de mí, los arrastraré hasta San Petersburgo.»

Guardémonos, pues, de llamar retirada ni derrota al movimiento de las tropas rusas. Se trata sencillamente de que aplican á su caso el consejo de Quevedo: «Si quieres que los japoneses te sigan, anda tú delante.»

Lo único que pudiera hacer dudar de si es refinada habilidad lo que inspira las maniobras de Kuropatkine, es su apremiante y angustiosa petición de refuerzos.

Los incendios, no cabe duda, escasean desde que la luz eléctrica se ha generalizando tanto; sin embargo, todavía el *lobo rojo*, así le llaman en Rusia, donde el incendio es una plaga nacional, muerde por aquí bastante.

El siniestro de la tienda número 1 de la calle del Clavel, por poco cuesta la vida á su dueño, el inteligente y laborioso D. Manuel Salvy, á quien tuve el gusto de conocer desde el punto de vista fotográfico. Con la particularidad de que las fotografías de Salvy se diferenciaban de las demás fotografías de aficionados en que llegaban á pasar al papel.

¿No habéis notado que rara vez las fotografías que hace un aficionado llegan á vuestro conocimiento, y más rara vez podéis conseguir la posesión de una copia?

Los preparativos de las fotografías de aficionado se realizan con un entusiasmo incandescente. Se derrochan placas, se aspira á fotografiarlo todo: hasta el perrito de la casa es sorprendido en dos ó tres actitudes diferentes. Se anuncia con énfasis, al revelar, que las fotografías han salido «preciosas, sumamente artísticas.» Como es natural, rogáis que os envíen sin falta una prueba, para veros y ver á los demás de otra manera que en el clisé goteante, con la cara negra y el pelo blanco. Os la prometen efusivamente para dentro de dos ó tres días. Pasa una semana: ni rastro. Pasan quince días: ni señal. Al cabo de dos meses, os encontráis al fotógrafo aficionado, con su máquina á cuestas.

—¿Y mis pruebas? ¿Se pueden ver?

—¡Qué lástima! Se han roto las placas... Se han borrado por un descuido... No hubo tiempo de manipular... ¡La haremos otras...

Y no se hacen nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.